

PETRA

" Las especias eran llevadas desde Leucé Comé a Petra, y desde allí a Rhinocolura, en Fenicia, cerca de Egipto, y desde allí a los otros pueblos."

Estrabón XVI, 4,24

Las rutas de las caravanas especieras, a las que se refiere Estrabón, pasaron durante muchos años por un legendario y mítico lugar en los alrededores del desierto, Petra.

Habitada desde el diez mil antes de Cristo (pues restos del paleolítico superior así lo atestiguan) la zona en la que se asienta está enmarcada en las montañas que bordean por el este el Wadi Arabah, la prolongación del valle del Rift desde el golfo de Aqaba hasta el mar Muerto. A lo largo de la historia vivieron aquí varios pueblos, entre los que cabe destacar los edomitas bíblicos, pero hay que esperar al siglo VI a.C. para tener la primera noticia de los nabateos, unos nómadas del desierto arábigo que se dedicaban por entonces al saqueo de caravanas. Forzados a emigrar hacia el norte por la presencia de tropas babilonias en sus tierras, se encontraron con el reino de Edom en plena decadencia. De una manera lenta, pero sin pausa, debieron mezclarse con los edomitas y hacia el siglo IV, siendo ya el grupo predominante, se instalaron a las orillas del Wadi Mousa. El historiador romano Diodoro nos recuerda que durante mucho tiempo Petra fue simplemente *"una roca extremadamente dura pero sin muros"* donde viven unos *"árabes llamados nabateos"*.

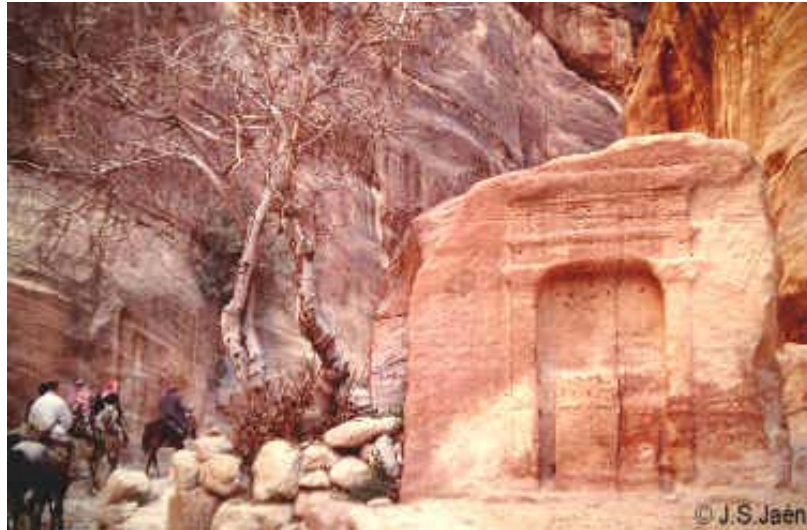
Petra ofrecía la posibilidad de almacenar grandes cantidades de mercancías, acortando así las tremendas distancias existentes entre los puertos del golfo Arábigo (Gerha, Hadramut, Labea) y del mar Rojo (Aqaba, Leucé Comé) y los lugares de destino en Egipto, Líbano y Siria, al tiempo que controlaba las fuentes de agua en un amplio espacio.

EL REINO NABATEO

El judío Flavio Josefo es el primero que relaciona el nombre de un rey, Aretas III, con la ciudad de Petra. Este monarca aprovechó la debilidad de los reinos lágida (Siria) y seleucida (Babilonia), desgastados por interminables enfrentamientos mutuos, para llevar su país a la máxima extensión. De una tribu seminómada asentada en un pequeño poblado fácilmente defendible se había pasado, en el transcurso de 200 años, a un reino que iba desde Rhinocolura y Aqaba hasta las inmediaciones de Damasco, y por la península arábica se extendía, siguiendo la línea de la costa, hasta Hegra (Medain Saleh); y la capital de ese reino estaba adoptando el aspecto que la convertiría en un conjunto artístico y paisajístico único en el mundo. No pasó, sin embargo, mucho tiempo hasta que Roma puso su mirada en la próspera ciudad. Josefo narra un intento fallido de Pompeyo de conquistar su territorio. Las tropas romanas tuvieron en la árida región el mayor enemigo y todo acabó con la firma de un pacto.

La alianza de Malico I (56-30 a.C.), sucesor de Aretas, con los partos demuestra un importante margen de maniobra mientras los romanos están inmersos en la guerra civil. Mas cuando Augusto asuma el poder definitivamente, desde Roma se van a regir los acontecimientos de Petra, al igual que en todo el Próximo Oriente, aún no formando parte del Imperio. Buena prueba de ello es lo que cuenta Estrabón: Aelio Gallo, proconsul de Egipto, intentó llegar al sur de la península arábica durante el reinado de Obodas II (30-9 a.C.). El guía nabateo que llevaron, un personaje llamado Silaeo que pretendía el trono, fue acusado de traición y ejecutado en Roma debido a unos confusos

sucesos, que muestran el desesperado intento nabateo por mantener sus rutas comerciales fuera del alcance romano. Augusto confirmó en el trono a Aretas IV (8 a.C.-40 d.C.) como sucesor de Obodas y Petra pasó a ser de hecho un reino asociado al Imperio. Durante ese tiempo la urbanización de la ciudad alcanzó lujosas proporciones y se atribuyen a ésta época las grandes obras hidráulicas.



Con Malico II (40 - 70 d.C.) el comercio entró en un proceso de recesión a causa de la flota romana, que abrió una ruta a través del mar Rojo hacia las costas egipcias y de allí, por el Nilo, a Alejandría. Rabel II fue el último rey de Petra. A su muerte, el año 106 d.C., y como si de algo previamente pactado se tratase, Trajano ordenó al gobernador de Siria, Cornelio Palma, que tomara posesión del reino y lo incorporase a la provincia de Arabia, con capital en Bosra (Siria). No se produjo ningún tipo de lucha entre nabateos y romanos; la dependencia de Roma estaba tan asumida que todo debió consistir en la formalización legal de una situación preexistente desde tiempo atrás. Quizá se repitió aquí la figura legalista que usó Atalo III de Pérgamo dejando su reino en herencia a los romanos.

LA CIUDAD

La Petra que encontró el gobernador romano debió resultarle sorprendente. Ante sus ojos aparecía un amplio número de tumbas monumentales, con fachadas dignas de cualquier palacio helenístico, que rodeaban casi por completo una ciudad de casas sencillas y pequeñas.

Actualmente se accede a la ciudad, centrada en un pequeño espacio abierto circundado de impresionantes colinas rocosas, desde la villa de Elji, siguiendo un tortuoso camino por el fondo de un desfiladero conocido como Siq. Antes de comenzar la garganta, se encuentran unos bloques monolíticos con aspecto de torre y decorados con muy leves molduras y columnillas, conocidos como Djin o bloques de los espíritus. A continuación nuestra vista se recrea con dos curiosas fachadas superpuestas, de notables diferencias estilísticas. La superior, llamada la tumba de los obeliscos, está claramente relacionada con el Egipto ptolemaico, con el que los nabateos tenían importantes contactos comerciales. Por debajo de ella el Triclinio de Bab el Siq o puerta del desfiladero, tumba de fachada coronada por un frontón partido, con distribución interior propia de un triclinio. Se la fecha en el siglo I a.C. como perteneciente al período clásico del arte nabateo. Nada más dejarlas atrás se penetra en el Siq, que lleva al corazón de la ciudad. Caminando junto a un canal para el agua, que recorre todo el desfiladero, se ven diferentes inscripciones y hornacinas mientras la garganta se va haciendo más angosta y oscura según desciende el nivel del suelo. Alcanzar su final supone encontrarse de frente con la magnífica fachada del Khasneh al Faroun, el

Tesoro del Faraón, quizá el monumento más famoso de Petra. Profundamente excavado en la roca, lo que ha protegido su fachada de los fuertes vientos, consta de dos pisos que alcanzan una altura de 40 m.. Hecho todo él en estilo corintio alejandrino, la parte baja ofrece el aspecto de un templo con un vestíbulo que da acceso a tres salas a través de magníficas puertas esculpidas. Por encima dos columnas a cada extremo, coronadas por ángulos de frontón, rodean un tholos, o templete circular, central con la imagen de una Tyche o Fortuna y rematado por un tejadillo con una urna en la cúspide. Es ésta la que ha dado nombre al lugar, pues la leyenda cuenta que los beduinos atribuían todos los edificios de Petra a creaciones mágicas de un faraón, quien escondió su tesoro en una urna y la puso fuera del alcance de los hombres, sobre el tholos del monumento. Ello hizo que durante años los beduinos probasen a romper la urna disparando con sus armas y hacer caer el tesoro. Estilísticamente no hay duda de su pertenencia a la época en que Petra toma contacto con la cultura helenística, el reinado de Aretas III llamado Filoheleno. Fuese una tumba real o un templo (se ha debatido mucho sobre ello), hay que situarlo hacia el siglo I a.C. y tener en cuenta su influencia en edificios posteriores.



El camino se abre hacia el oeste, encajonado todavía entre altas paredes, y tras pasar junto a las llamadas calles de las fachadas, una aglomeración de tumbas muy sencillas, con unas simples franjas de almenas escalonadas que corren sobre la puerta y datan de los primeros tiempos del arte nabateo, de inspiración babilonia, alcanzamos el teatro. De tipo griego, esto es, cavado en la roca, parece haberse construido en el siglo I de nuestra era y ampliado ya en época romana hasta alcanzar una capacidad de casi 7000 espectadores. Poco más allá se extiende ante nuestros ojos el valle central de Petra, donde se hallaba el núcleo de la ciudad. Siguiendo el camino a la derecha se pueden ver las llamadas Tumbas Reales, las más completas y refinadas, pertenecientes todas a la época de mayor influencia helenístico-romana, del siglo I a.C. al siglo I d.C..

La primera de ellas, la Tumba de la Urna, mausoleo de Aretas IV o Malico II, flanqueada por un amplio patio con pórticos elevado sobre una estructura de arcos y pilares, muestra una estampa más propia de un templo romano, con sus cuatro columnas sujetando varios frisos y un amplio frontón.



Su cámara principal fue retallada en época cristiana para convertirla en iglesia, según lo testifica una inscripción en el interior que recuerda su consagración como catedral por el obispo Jasón en 447 d.C. A su lado un edificio de colores brillantes y cálidos por los que ha merecido el nombre de Tumba de la Seda da paso a la Tumba Corintia, llamada así por sus capiteles, una de las principales muestras del estilo híbrido, imitación del arte helenístico con elementos clásicamente nabateos, que debió nacer por la influencia del Khasneh.

La última de las Tumbas Reales es de tal magnificencia que se la ha llamado Tumba Palacio y alguien ha querido ver en ella similitudes con la *domus aurea* de Nerón. La fachada, en buena parte

construida con sillares sobre la roca, es de un ampuloso helenismo, produciendo un efecto teatral con sus múltiples columnillas y nichos dispuestos en dos niveles, que descansan sobre cuatro esbeltos pórticos coronados por pequeños frontones. El piso superior está semiderruido. Cerca de la Tumba Palacio se alza un edificio muy estropeado pero en el que puede leerse una inscripción en latín que habla de Sexto Florentino, gobernador de la provincia de Arabia hacia 127 d.C..

Encaminándose hacia el suroeste se distingue con claridad el curso del Wadi Mousa, junto al que se desarrolló la vida pública de la ciudad. Dejando atrás las ruinas de un pequeño ninfeo, bajo la sombra de uno de los pocos árboles del valle, se entra en la que debió ser la calle principal o *cardo maximus*, flanqueada por una columnata a ambos lados, al estilo de ciudades como Palmira o Apamea aunque mucho más pequeña. Un buen número de columnas ha sido puesto en pie por el Departamento de Antigüedades de Jordania y actualmente se puede caminar entre ellas sobre los restos del pavimento original. Toda el área tiene una traza urbanística que demuestra la importación de ideas y arquitectos helenísticos para su construcción. La concepción de un espacio urbano como la calle porticada y sus edificios no es, evidentemente, árabe, y hay que pensar de nuevo en Aretas III, el rey de gustos griegos, como el iniciador de una remodelación continuada por sus sucesores y culminada en época romana. En su lado sur se abren tres grandes espacios, alguno precedido de un pórtico y una pequeña escalinata, que se han identificado como mercados. Debían ser el destino final de una parte de los productos que las caravanas traían, seguramente poco más que los destinados al consumo de los propios nabateos, pues no tienen grandes dimensiones.

LAS CARAVANAS

Dos suburbios, uno al sur, el Sabrah, y otro al norte, el Beida, que constituían dos puntos de acceso a la ciudad fácilmente defendibles, tienen trazas de haber albergado los grandes caravanserais donde se guardarían las abundantes mercancías que llegasen.

Las caravanas tenían en Petra el punto final de un viaje larguísimo en el que recorrían alguna de las numerosas rutas que cruzaban la península Arábiga. Las especias, perfumes, telas y demás mercaderías llegaban de oriente en barcos hasta el golfo de Omán y allí podían elegir entre cruzar el estrecho de Ormuz y llegar a los puertos de Bahrein o Kuwait, desde donde su carga iba directamente a Petra por el norte del desierto arábigo, o bien seguir por la costa sur hasta el puerto de Hadramut y enviar el cargamento por la ruta que sigue hasta la Meca; de allí al gran caravanseraí de Dedan, pasando por Medina, muy cerca de Hegra y de Teima, enclaves ya del reino nabateo: la siguiente parada era Petra. Los productos de Somalia y el resto de la costa oriental africana podían llegar en barcos remontando el mar Rojo a Leucé Comé, que enlazaba directamente con el caravanseraí de Dedan, o bien atreverse hasta Aqaba, a un paso de Petra y tal vez su puerto más importante.

Caminando unos metros por el cardo hacia el oeste dejamos a la derecha los confusos restos de un edificio identificado como un palacio y algo más adelante, a la izquierda, un amasijo de sillares, tambores de columnas y diferentes fragmentos precedidos de una escalinata nos dan una escasa idea de lo que fue un templo. Frente a él, en la otra orilla del wadi se alzaba el Templo del león alado. Se pueden distinguir actualmente dos partes: un pórtico y una sala de columnas o cella conectados por una amplia entrada. La cella tiene cuatro filas de columnas que rodean un altar junto al muro del fondo. Los capiteles están decorados con unos pequeños leones que han dado nombre al templo. Construido en el reinado de Aretas IV, se cree que estaba destinado a la diosa Al-Uzza.

La calle porticada termina ante los restos de una puerta monumental, en realidad la entrada al témenos del gran templo. Está construida a la manera de los arcos de triunfo romanos y daba acceso a un amplio recinto amurallado al que se abren varias dependencias, y en el fondo el Qasr el Bint Faroun o Castillo de la hija del Faraón. De nuevo los beduinos han atribuido al legendario faraón lo que es un templo de estilo nabateo clásico fechado en tiempos de Obodas II (siglo I a.C.). Está elevado sobre un podium al que se accede por una escalinata, siguiendo las pautas de los templos clásicos. Un pórtico tetrástilo in antis sobre el que corría un friso de triglifos y metopas decoradas con rosetas y rematado por un frontón triangular le darían un claro aspecto helenístico. Sin embargo su peculiar distribución interior, con una cella especialmente ancha y un sancta sanctorum rodeado de dos capillas laterales forman un edificio casi cuadrado, falto de la profundidad característica de un templo romano o griego. La decoración consistía en placas de mármol adosadas a los muros y paneles de piedra y arcilla engarzados en las paredes, con motivos arquitectónicos similares a los que podemos encontrar en la pintura pompeyana.

LOS DIOSES

Qasr el Bint era el templo del dios principal de Petra, Dusares, que estaba acompañado por Al-Uzza, venerada en el templo del león alado, en la cúspide del panteón. Dusares es el nombre nabateo de un dios edomita, Dhu-esh- Shera, el señor de Shera o de Seir, nombre que se da en la Biblia a las tierras de Petra. Estaba simbolizado por un bloque de piedra, un betilo, que era al tiempo la morada del dios. Las tribus nómadas cananeas y árabes sacrificaban animales ante grandes rocas erguidas, preferentemente en lugares altos, y derramaban la sangre de las víctimas sobre la misma piedra o en pequeños hoyos junto a esta. Hay un buen número de betilos grabados en la pared y erigidos en lugares que parecen santuarios. El mejor ejemplo son los dos obeliscos que se encuentran en la llamada colina Attuf, a los que se llega por un camino tallado en la roca, alegrado con el bonito relieve de un león cuya boca es una fuente. Estos dos obeliscos no han sido llevados hasta allí de una cantera sino que son fruto del rebajamiento completo de la cima hasta darles una altura de 6 metros. Representan seguramente a Dusares y Al-Uzza, simbolizando una dualidad que los estudiosos de la religión asocian con la fertilidad. De hecho Al-Uzza, diosa de la luna, era invocada por la población como guardiana de la prosperidad y la fertilidad.

De otros dioses se conoce poco más que el nombre: Qaus, Habalu; un protector de los viajeros y las caravanas, She'a-alqum, y Manathu, especie de genio local protector de la ciudad.

En cuanto a los sagrados lugares altos hay varios en Petra, pero sin duda el más importante es el Madhbah o Lugar Alto que se encuentra junto a los dos obeliscos en la colina Attuf. Situado en un amplio espacio alisado, tiene una mesa de ofrendas y un altar en el que debieron celebrarse sacrificios tal vez cruentos. Una pequeña cisterna muy próxima serviría para guardar el agua necesaria en las ceremonias. Los sacrificios en ocasiones debieron ser humanos, como lo prueba una inscripción nabatea hallada en Hegra. En ella "*Abd Wadd, sacerdote de Wadd, y su hijo Salim, y Zayd Wadd consagran al joven Salim para ser inmolado a Dhu-Gabat*".

Si las últimas opiniones de los arqueólogos son ciertas hay en Petra otro santuario en un lugar elevado, pero en este caso cubierto a diferencia de los anteriores. Es el llamado Deir o Monasterio, en la cima de la colina del mismo nombre, a la que se llega por una vía procesional. El Triclinio del león, un edificio con dos leones tallados a ambos lados de la puerta y fechado en los primeros años del período romano, y alguna tumba que otra delimitan esta vía, jalonada con betilos y nichos con representaciones del dios-roca, que se va estrechando progresivamente hasta mostrar al caminante una gigantesca fachada de 45 metros de alto por 47 de ancho. Estilísticamente es una evolución del Khasneh, con su tholos flanqueado por ángulos de frontón y rematado por una urna, pero el

arquitecto prescindió del pórtico y de toda la decoración. Los muros están completamente desnudos, lo que permite apreciar mejor la imponente apariencia del edificio. La sobriedad es máxima.

El papel de los dioses no termina en los templos, los lugares elevados y los sacrificios. Las costumbres funerarias seguían un estricto ritual en el que el difunto y su tumba eran consagrados a algún dios, generalmente a Dusares, y puesto bajo su protección. *"Esta tumba y las cámaras grande y pequeña del interior, y los sepulcros, (...) y el resto (...) son consagrada e inviolable propiedad de Dusares, el dios de nuestro Señor, y su sagrado trono..."* asegura una inscripción hallada en la tumba Turkamaniya.



Durante los años de dominio romano Petra mantuvo su prestigio en Oriente y atrajo gentes de todos los lugares, como lo muestra una gran casa de estilo romano encontrada en el centro de la ciudad. El propio Adriano estuvo aquí en 310 d.C. y se acuñó una medalla conmemorando el hecho. Y también quedan tumbas de esa época, aparte de la ya mencionada de Sexto Florentino. La del soldado romano, un lujoso complejo, está compuesta por la tumba propiamente dicha, con un frontón clásico sobre una fachada de templo dístico in antis, y un triclinio situado enfrente con un interior magníficamente esculpido, unidos ambos por un patio porticado del que no quedan sino pobres restos.

EL DECLIVE

Al inicio del siglo III d.C. la ciudad mantenía un importante nivel de prosperidad. Hacia 220 el emperador Heliogábalo la elevó al rango colonial, pero curiosamente con el fin del siglo se detecta un abandono progresivo de viviendas en los suburbios. Durante el siglo IV se puede constatar alguna relevancia de Petra, pero hay un dato que indica cómo los nabateos habían dejado de controlar el comercio y consecuentemente habían perdido gran parte de sus ingresos: las tropas de la IV legión Martia fueron enviadas a vigilar las rutas caravaneras de la provincia de Arabia, sustituyendo a las gentes de Petra que venían haciendo ésta labor en los últimos siglos. Para colmo de males el año 363 d.C. hubo un fuerte terremoto. La calle porticada y los grandes templos, así como muchas viviendas del área central de la ciudad quedaron completamente destruidas. A esas alturas Petra no tenía riqueza ni poder suficiente para emprender una reconstrucción en toda regla. Las columnas de los edificios más importantes nunca fueron puestas en pie y la ciudad debió quedar reducida a pequeños núcleos donde se concentró una población cada vez más escasa.

Con el inicio del Imperio Bizantino se establece aquí una sede obispal y en los primeros años del siglo V es nombrada capital de la provincia Palestina Tertia. Pero esto no debió significar gran cosa, pues durante ese tiempo no se registra ninguna actividad constructiva de importancia, ni siquiera a la hora de edificar iglesias acordes con la nueva dignidad episcopal. Ya hemos visto como, cuando el obispo Jasón necesita una catedral, reutilizan una vieja tumba nabatea. Muchos otros edificios, como el Deir, son consagrados al cristianismo. Además, las casas más grandes se dividen en varias pequeñas al quedar deshabitadas, y las murallas bizantinas están muy dentro del recinto que marcaban las de tiempos anteriores. Hacia la mitad del siglo VI el silencio se cierne sobre Petra y desaparece de la historia. Los cruzados visitaron la zona y establecieron una fortaleza en la cumbre de el-Habis, aunque no hay ninguna noticia de la época respecto a la ciudad. En el transcurso de los

siglos solo un cronista egipcio, Numairi, habla de Petra y sus alrededores al narrar una expedición del sultán Baibar de Egipto en 1276 a Kerak (Jordania) para sofocar una sublevación.

Cuando en 1819 Charles Irby y James Mangles solicitaron en Estambul un permiso para visitar Kerak y Petra, el gobierno turco les contestó que " *no se conocían tales lugares en los dominios del Gran Señor* ". Habían ido hasta allí incitados por los relatos, llegados a Europa unos años antes, de los viajes de un joven, el suizo John Burckhardt, un emprendedor muchacho que corrió una de las más fantásticas aventuras del siglo pasado. En 1809, viajando de Alepo a El Cairo haciéndose pasar por musulmán, oyó hablar de una maravillosa ciudad escondida entre impenetrables montañas. Pese a los recelos de los beduinos, y con la excusa de hacer un sacrificio en la tumba de Aarón, que se hallaba en las inmediaciones, cruzó el Siq y llegó al corazón de la ciudad el día 22 de Agosto de 1812. Solo estuvo unos momentos allí, pero le bastaron para tomar unas notas y darse cuenta que estaba ante las ruinas de la Petra de los autores antiguos. Algunos años más tarde, siguiendo las memorias de sus viajes, varios geógrafos y viajeros, como los citados Irby y Mangles, los franceses León de Laborde y Linant, el reverendo Robinson y los ingleses David Roberts y Henry Layard, habían visitado la ciudad o estaban preparándose para ello. Todos tuvieron que sortear las dificultades que les ponían los beduinos, pero fueron abriendo el camino al conocimiento y estudio de ésta ciudad única y misteriosa, sumergida en la leyenda durante siglos.

Jesús Sánchez Jaén



BIBLIOGRAFIA

- BARTLETT, W.H.: Forty Days in the Desert. Londres, 1849.
- BURCKHARDT, J.L.: Travels in Syria and the Holy Land. Londres, 1822.
- BROWNING, I.: Petra. Londres, 1989.
- ESTRABON: Geografía
- FLAVIO JOSEFO: Historia de los judíos.
- KENNEDY, Sir A.: Petra, its history and monuments. Londres, 1925.
- MUSIL, A.: Arabia Petraea, vol. II. Viena, 1907.
- ROSTOVTZEFF, M.: Caravan cities. Londres, 1932
- ZAYADINE, F.: Studies in the History and Archeology of Jordan, vol. II. Londres, 1985

Artículo publicado en Historia 16, 183, Madrid, 1991, pp. 102-109